

Zitierhinweis

Pérez Alonso, Marcos Antonio: review of: Andrea Bramanti (ed.), M. Plotii Sacerdotis Artium grammaticarum libri I-II. [Probi] De catholicis. 1: Introduzione e edizione critica sinottica, Hildesheim: Weidmann, 2022, in: Exemplaria Classica, 27 (2023), p. 361-371, DOI: <https://doi.org/10.33776/ec.v27.8040>, downloaded from Website

exemplaria
C L A S S I C A
Journal of Classical Philology

copyright

Dieser Beitrag kann vom Nutzer zu eigenen nicht-kommerziellen Zwecken heruntergeladen und/oder ausgedruckt werden. Darüber hinausgehende Nutzungen sind ohne weitere Genehmigung der Rechteinhaber nur im Rahmen der gesetzlichen Schrankenbestimmungen (§§ 44a-63a UrhG) zulässig.

ANDREA BRAMANTI, *M. Plotii Sacerdotis Artium grammaticarum libri I-II. [Probi] De catholicis. Introduzione e edizione critica sinottica*, Collectanea Grammatica Latina 17.1, Hildesheim: Georg Olms, 2022, cclxxiv+248 pp., 98,00 €, ISBN 978-3-615-00449-6.

ANDREA BRAMANTI, *M. Plotii Sacerdotis Artium grammaticarum libri I-II. [Probi] De catholicis. Commento e indici*, Collectanea Grammatica Latina 17.2, Hildesheim: Georg Olms, 2022, 744 pp., ISBN 978-3-615-00450-2.*

Esta imponente edición del *Ars grammatica* de Sacerdote y del *De catholicis* de Ps.-Probo de Andrea Bramanti supone el colofón de un concienzudo trabajo de investigación, que constituyó, en su momento, su tesis doctoral (<https://arcadia.sba.uniroma3.it/handle/2307/40828>) y se presenta ahora, ampliado y adaptado al nuevo formato, en dos volúmenes, el primero de los cuales recoge el prefacio, la introducción y el texto latino, y el segundo, algo más extenso, el comentario y los índices.

Ya en el prefacio, anticipa el autor qué va a hacer y por qué: una nueva edición crítica, urgentemente necesaria, de los dos primeros libros de las *Artes* de Sacerdote, fruto de una revisión autóptica de la tradición manuscrita, que integre por primera vez de una manera sistemática las aportaciones de los apógrafos humanísticos y de la edición del *De catholicis* de Giano Aulo Parrasio, y libere a Sacerdote definitivamente de juicios de valor fundados en principios metodológicos ya superados, que habían convertido casi en un gramático de segunda fila al primer autor del que conservamos un *Ars grammatica* completa, que hasta ahora se había juzgado sólo a la luz de precedentes fragmentarios y obras de época posterior, obviando sus propias peculiaridades en cuanto a contenido y organización.

Tras el prefacio, se ofrece una impresionante y muy actualizada relación bibliográfica, de casi un centenar de páginas, con las referencias que, por su recurrencia, se citan por medio de siglas; las abreviaturas de obras y autores antiguos¹ con sus ediciones canónicas; y, en fin, un extensísimo listado de libros y artículos que el autor ha manejado para la edición y, sobre todo, para la introducción y el comentario.

En la introducción, destaca el exhaustivo y actualizado análisis del contenido de los libros I-II, que tal vez podría haberse hecho extensivo también al libro III, aunque fuese de una manera más sumaria, al no formar parte de su edición y ser su temática muy distinta (*De metris*). El libro I se transmite en un único manuscrito acéfalo (el *Neap. Lat. 2*), por lo que comienza *in medias res*. Sin embargo, el hecho de que el resto de la obra siga el esquema característico de la *Schulgrammatik* y

* Esta reseña ha sido realizada al amparo del Proyecto *Fuentes para una edición de los gramáticos latinos fragmentarios (de Tiberio al cambio de siglo)*, del Ministerio de Ciencia e Innovación; referencia: PID2021-127288NB-100.

¹ Sorprende la presencia de dos abreviaturas (“Ps. Victorin. *fin. metr.*” y “*Fin. metr.*”) para aludir a una misma “obra”, así como la extraña “Apton.”, que a lo largo del comentario presenta, sin embargo, su forma más habitual, “Apton.”.

contenga algunas referencias internas a la parte perdida nos permite hacernos una idea bastante aproximada del contenido faltante.

Resulta de mucho interés y claramente explicado el asunto del orden de las partes del discurso y su relación no sólo con esa sección inicial perdida, sino también con la disposición de esta misma materia en las distintas tradiciones artigráficas y la presencia de interpolaciones y alteraciones textuales por parte de los copistas, que tratan, entre otras cosas, de adaptarla al orden escolar canónico de cada época. Lo mismo se puede decir del tratamiento que da Bramanti a la llamada “tercera parte” de las *Artes*, la referida a los *uitia et uirtutes orationis*, una sección fronteriza entre la gramática y la retórica, que Sacerdote dispone en un llamativo desorden. A este respecto, es muy razonable la postura conservadora del editor de no secluir del texto de su edición aquellas partes que, por el lugar en que aparecen dentro de la obra, podrían ser producto de interpolaciones; de hecho, conserva esos pasajes –aunque con la pertinente indicación– incluso allí donde resulta difícil sostener que la disposición sea la originaria.

El libro II presenta una notable característica distintiva, ya que una versión del mismo comienza, desde muy pronto, a circular bajo la autoría de Probo. Analiza Bramanti los problemas relativos a la atribución y la coincidencia, casi total, de estos *Catholica Probi* con el libro II de Sacerdote. Ambas “versiones” fueron transmitidas en partes distintas de un mismo manuscrito (el ya citado *Neap. Lat. 2*, notado como *B* para Sacerdote y como *N* para los *Catholica*), pero la versión “probiana” conserva algunas partes perdidas en la de Sacerdote y, al haber circulado bajo el nombre de Probo, presenta un mayor grado de contaminación, lo que hace prácticamente imposible reducir ambas versiones a una sola y justifica la decisión del editor de hacer una edición sinóptica de ambos textos, casi como si se tratase de dos autores diferentes. Es, con todo, muy difícil sustraerse a la cuestión de si se debe considerar el *De catholicis* como la obra de un autor anónimo basada en el libro II de las *Artes* de Sacerdote o, por el contrario, como una simple versión de este, es decir, si bajo lo que denominamos “Pseudo Probo” se esconde un verdadero “autor”. Por ello, hay que aplaudir la prudencia del Bramanti al no corregir el texto transmitido del *De catholicis* con lecturas del libro II de Sacerdote que parecen razonablemente originales, y que el editor se limita, por lo general, a reflejar en el aparato. La autoría única se demuestra, en todo caso, por las varias referencias del *De catholicis* a pasajes del libro I de las *Artes* de Sacerdote; y el origen común de ambos textos, por significativos errores coincidentes. La respuesta a cuál de las dos versiones está más cerca del original sacerdotero no es fácil y posiblemente acierte Bramanti al suponer que la clave

que nos puede permitir identificar la autenticidad de los pasajes radicarán en la presencia de determinados estilemas recurrentes, como *hoc tamen scire debemus quod*, antes que en el grado de interpolación de una u otra versión. La cuestión es probablemente irresoluble en términos absolutos, pero Bramanti ha sabido lidiar con ella de una forma satisfactoria, respetando prudentemente la independencia del anónimo con respecto a Sacerdote, de acuerdo con su criterio de editarlos como entidades separadas, aunque íntimamente interrelacionadas.

La introducción se cierra con una exhaustiva descripción de los manuscritos, incluidos los apógrafos humanísticos, y las ediciones. Además de por el mencionado *Neap. Lat. 2*, una parte del *De catholicis* viene transmitida también por el *Par. Lat. 7520* (notado como *p*), cuyas lecturas habían sido utilizadas en las ediciones modernas anteriores a esta, ya *ex silentio* (Lindemann 1831), ya de manera parcial (Keil 1864), defecto que la presente edición contribuye a paliar.

El *Par. Lat. 7520* formó parte de un códice floriacense de principios del s. IX, que en el XVI fue desmembrado por el humanista Pierre Daniel, a quien entonces pertenecía. Debe precisarse, sin embargo, que, contra lo que afirma Bramanti (pp. CCXXXII-CCXXXIII), este desmembramiento no se produjo cuando, tras la muerte de Daniel (1603), Jacques Bongars y Paul Pétau se reparten su biblioteca, pues esta sección del manuscrito ya había pasado, aún vivo Daniel, a manos de Pierre Pithou, quien, a su vez, en 1596 lo vendió a Jacques-Auguste de Thou, para acabar llegando finalmente a la biblioteca del Luis XV (<https://archivesetmanuscrits.bnf.fr/ark:/12148/cc33963c>, consultado el 26-XII-2022 y citado en la n. 370 del primer tomo de la obra). No existe tampoco razón para pensar con Bramanti (n. 377) que la comunicación por parte de Bongars de algunas variantes textuales provenientes del *Par. Lat. 7520* a van Putschen para su edición del *De catholicis* de 1605 hubo de hacerse cuando esa parte del códice no había sido desgajada. Bongars pudo haber tomado, en efecto, nota de esas variantes cuando el floriacense estaba aún en manos de Daniel y este no había desgajado todavía la parte que terminó conformando el inicio del *Par. Lat. 7520*, pero también pudo haber consultado Bongars el manuscrito ya separado, cuando estaba en manos de Pithou o incluso de Jacques-Auguste de Thou, pues todos ellos eran discípulos de Jacques Cujas y grandes filólogos.

Otro importante avance de esta edición con respecto a las anteriores lo supone la colación para la misma de los apógrafos humanísticos. En este sentido, baste recordar el caso del *Neap. Lat. IV A 17*, copia personal que Parrasio hizo del *Neap. Lat. 2* y en la que incorpora algunas correcciones que él mismo había hecho al texto del *De catholicis* a partir del libro II de Sacerdote, correcciones

que luego incorpora a la *editio princeps*, de donde pasan a las ediciones modernas como si fuesen lecturas de un manuscrito del *De catholicis*, cuando en realidad provienen de Sacerdote. Igualmente interesante es el asunto de la influencia que en la conformación de esa misma *editio princeps* del *De catholicis* tiene la toma de contacto de Parrasio en Roma con el *Neap. Lat. IV A 11* (copia del *Neap. Lat. 2* realizada por Galbiate), que provoca que algunas lecturas y correcciones de Galbiate motiven intervenciones de Parrasio en la propia edición impresa, dificultando la labor de los editores modernos respecto a la naturaleza de algunas lecturas, que dudan si adscribir al *Neap. Lat. 2* o a la intervención de estos humanistas. En el caso de los dos libros de Sacerdote, en cambio, rara vez aportan ni los apógrafos ni Parrasio enmiendas al *Neap. Lat. 2* a las que no hayan llegado después, de forma independiente, los editores modernos, pues se trata mayormente de correcciones de errores banales.

La edición de Bramanti viene a sustituir así a las hasta ahora canónicas de Keil, (de 1846 la del *De catholicis* y de 1874 la de Sacerdote), que no partían de una colación directa de los manuscritos sino que eran, en realidad, una mera revisión de las anteriores de von Eichenfeld y Endlicher (1837) y de Lindemann (1831), respectivamente.

La colación del manuscrito por parte de von Eichenfeld y Endlicher para su edición de los dos primeros libros de Sacerdote, publicada en Viena formando parte de sus *Analecta grammatica maximam partem anecdota* (pp. 1-74), presenta muchos errores de lectura, que pasan a la edición de Keil, quien, en ocasiones, se ve obligado a formular conjeturas que coinciden con la lectura que realmente presentaba ya el manuscrito, pero otras veces su edición conserva la lectura errónea “heredada”, que la presente edición se encarga de corregir gracias a una cuidadosa autopsia del manuscrito principal, que supone, por tanto, una gran mejora con respecto a las ediciones anteriores.

El texto se presenta dividido en párrafos de acuerdo con la propia interpretación del editor acerca de los cambios de materia o idea, pero teniendo también en cuenta las señales que en este sentido percibe en el manuscrito. Al pie del texto, se ofrecen dos aparatos: uno de *exempla auctorum*, en el que se desarrollan entre paréntesis aquellos ejemplos que aparecen, como es habitual en las obras gramaticales latinas, abreviados, e incluso se reproducen íntegramente aquellos otros que figuran únicamente parafraseados, citados de memoria o reducidos; y un segundo de variantes, ya positivo ya negativo, según el editor lo considera conveniente para las necesidades de cada caso particular.

El aparato de variantes es fundamentalmente negativo, pero no resultan demasiado claras las razones que llevan al editor a

utilizar en ocasiones uno positivo, lo que, por un lado, provoca una continua inseguridad en el lector acerca de lo que debería o no figurar en él; y, por otro, lo recarga innecesariamente con datos que muchas veces resultan del todo superfluos.

Los *loci similes*, en cambio, no figuran en un aparato específico sino en un elenco al principio del comentario a cada nuevo capítulo, aunque no de manera sistemática. El comentario no da preferencia a peculiaridades de ningún tipo concreto, prestando por igual la debida atención a cuestiones de tipo filológico, lingüístico o doctrinal. Finalmente, la obra ofrece tres útiles índices: uno de autores citados, otro de términos gramaticales, retóricos y métricos, y un tercero de formas empleadas como ejemplos en el libro II.

Tanto en el comentario como en la introducción, se observa una tendencia a incluir cuadros o extensas listas comparativas entre gramáticos y largas citas de autores antiguos (incluso a repetir *loci similes* prácticamente idénticos en páginas sucesivas), que, aunque evitan al lector la molestia de tener que acudir a la edición correspondiente para su consulta, aumentan considerablemente la extensión de una obra ya de por sí enorme. Asimismo, se aprecian por doquier excesivas erratas.

Por poner sólo algún ejemplo, entre las páginas 360 y 375 del comentario se pueden contabilizar hasta 11 erratas o errores. Es curiosa la errata (?) de la p. 348, donde se cita el fragmento de los *Annales* de Ennio en que aparece el onomatopéyico *taratantara*, que Bramanti simplifica en *tarantara*, tanto en el pasaje enniano como en los textos de Prisciano (donde también hay un peligroso *confirmationibus* por *conformationibus*) y Servio citados después. Asimismo, en el texto de Quintiliano que figura entre las pp. 621 y 622, se observa *dum* en lugar de *cum*, *hac* en lugar de *hanc* y *adpropinquere* por *adpropinquare*, errores, más que erratas, que pueden inducir a confusión en la lectura del pasaje.

Abundan también las inexactitudes e inconsistencias en las citas, tanto del propio Sacerdote como de los demás gramáticos.

Por ejemplo, Carisio es citado ya por Barwick ya por Keil ya por ambos; el *de barbarismis et metaplasms* de Consencio, unas veces por Keil otras por Niedermann (aunque se cita en la bibliografía la reciente edición de Mari 2021), sin consistencia al ofrecer, tras la referencia, el nombre de los editores abreviado o completo. Más grave es la vacilación de las referencias al texto del mismo Sacerdote, pues se utilizan a veces las páginas y líneas de Keil (proceder llamativo, por ejemplo, en el propio aparato crítico a p. 102.16); otras veces, capítulo y párrafo de

la propia edición (omitiendo con frecuencia el libro); y aun, en otras, las páginas y líneas de esta. Este último sistema presenta, además, errores llamativos en algunos listados de referencias en la introducción, que hacen prácticamente imposible la localización (por ejemplo, la lista de los cambios ortográficos del *Neap. Lat.* 2 de la p. CCXXIII o la de los errores de lectura de las ediciones anteriores que la suya contribuye a reparar, en las pp. CCLXIV-CCLXVI). Tal como está dispuesta la edición del libro II, con el texto de Sacerdote en las páginas pares y el de los *Catholica* en las impares, el sistema de cita por página y línea plantea un problema cuando se debe hacer referencia a segmentos de texto que ocupan varias páginas, lo que obliga a emplear número de capítulo y párrafo, menos preciso cuando lo que se quiere citar es una palabra concreta o una línea que aparece dentro de párrafos extensos.

Del mismo modo, el aparato crítico de variantes no sólo presenta ocasionalmente algunas inexactitudes e inconsecuencias sino también una acusada tendencia a introducir material prescindible. Así, se reflejan mínimas correcciones del escriba, pero se omiten otras; o se abusa de la repetición de la lectura del texto seguida del corchete cuando la mayoría de las veces resulta fácilmente deducible, como, por ejemplo, en la resolución de abreviaturas o en los suplidos; o se utilizan unidades críticas innecesariamente largas, que vuelven el aparato farragoso y poco claro.

Recarga el aparato innecesariamente la indicación de todos aquellos pasajes en que Keil corrige formas que von Eichenfeld y Endlicher habían leído mal en el manuscrito o enmendado sin hacer constar en su aparato que estaban introduciendo conjeturas. Keil llega así, sin saberlo, a una lectura que, en realidad, ya presentaba el manuscrito. Por ejemplo, en p. 48.11 un aparato “venerant] *revera B, ut e coniectura Ke., venerunt Vi. ut traditum*” podría simplificarse en “venerunt *Vi ut traditum*”. Las ocasiones en que esta misma circunstancia se repite son tantas que deberían ser suficientes la advertencia y el listado de la introducción (pp. CCLXIV-CCLXVI), con la mencionada salvedad de los errores en las referencias. Tampoco resulta económico repetir la expresión *iam Parrh. in P* (¿por qué con mayúscula, frente a *p'* y el resto de los apógrafos tanto de *B* como de *N*?) o *in n*, cuando la simple abreviatura *Parrh.* ya significa eso por sí misma.

Un ejemplo en que se perciben, a un tiempo, un proceder asistemático y un evidente recargamiento puede observarse en la comparación del aparato de las pp. 62.3 y 64.3, donde se

lee *iconam* e *infer*<*t*>, respectivamente. El proceder del editor es distinto en uno y otro caso: “*iconam*] *revera B*, *icona corr. ex icon Vi. et sic Ke.*” frente a “*infert*] *infer B*, *corr. Vi. (qui legit inter male) sed iam P*”. En ambos casos, von Eichenfeld y Endlicher leen mal el manuscrito, pero Bramanti lo indica en su aparato de dos maneras distintas (en p. 64.27 también leen mal, como *repperiri*, el *pepperiri* del manuscrito y, en cambio, nuestro editor no lo refleja en el aparato). Sin embargo, emplea un mismo “*corr. Vi.*” para dos circunstancias distintas, ya que solo en el segundo caso la solución de von Eichenfeld y Endlicher es correcta. Así, podrían ser suficientes “*icona Vi. Ke.*” (resultando superfluo que hayan leído *icon* donde el manuscrito pone *iconam* y que Keil se haya fiado, en esta ocasión, de ellos y aceptado su “corrección”) e “*infer B, corr. Vi. (sed iam P)*”, respectivamente. En ocasiones, da la impresión de que Bramanti se afana innecesariamente (dando por supuesto muchas veces que el lector puntual sabe que Keil no vio el manuscrito) en explicar en su aparato el porqué de las lecturas de Keil, incluso cuando esto no tiene demasiado interés para la fijación del texto. Así, en la p. 65.14 escribe el autor en su aparato: “*praeposterum*] *corr. Ke., sed revera B*, *praeposteris legerunt male Vi.*”. Keil no corrige, en realidad, el texto del manuscrito, que ya era *praeposterum*, sino el de su edición de referencia (compárese con el uso de *corr.* en la l. 22, donde Keil sí corrige tanto a uno como a otra), lo que para la fijación del texto (e incluso para la historia de su transmisión) supone un detalle poco relevante. Un “*praeposteris Vi.*” podría haber sido suficiente. Otras veces, se recarga el aparato con la única intención de mostrar que Keil se separa de su edición de referencia: en p. 68,11, donde nuestro editor sigue la lectura del manuscrito, *incendatur*, mientras que Keil prefiere corregir en *intendatur*, no parece necesario reflejar en aparato “*incendatur*] *B Vi., intendatur Ke.*”; bastaría “*intendatur Ke.*”.

Todos estos defectos se agravan en la parte del *De catholicis*, al entrar en juego más manuscritos y ediciones.

Así, por ejemplo, para el texto *prima*<*e*> *verbi persona*<*e*> de la p. 201.3-4 se da en aparato “*primae ~ personae*] *prima verbi persona N, edd. ut e codice edd. sed corr. ζ (iam Parrh., prima verbi persona ζ^p ex g)*”, que obliga a ir a las ediciones y manuscritos para aclarar lo que tal vez hubiera quedado bien servido con un simple “*prima verbi persona N ζ^p (ex g), corr. Parrh.*”. No parece, por otro lado, buena idea reservar una abreviatura *Parrh.* para las *emendationes* de Parrasio a las copias

que encargó para sí del *Neap. Lat. 2* y dejar con una simple ζ su *editio princeps* del *De Catholicis*, que además el apartado “Sigla et Notae” (pp. 3-5) no deja claro que sea suya (cf., en cambio, la entrada Parrasio 1509 en la lista bibliográfica), de manera que al lector le puede dar la impresión de estar confrontando el parecer de dos editores, cuando, en realidad, se trata de “momentos” distintos de uno solo.

En las pp. 86.16 (Sacerdote) y 89.5 (Ps.-Probo) aparece el hidrónimo *Thuria*. En el aparato del primer pasaje, nuestro editor anota “Turia Ke.”, mientras que en el del segundo no indica nada. Y, sin embargo, la corrección de Keil al texto de *B* (Sacerdote) tiene mucho que ver con lo que se puede leer en *N* (*De catholicis*), que presenta, en efecto, *Turia*, igual que *p* (apud Keil *app. ad loc.*, no he podido ver el manuscrito), corregido *supra lineam* por la misma mano (es decir, *N*) en *Thuria*. Nada de todo esto aparece en el aparato de Bramanti a p. 89.5, ni siquiera, en esta ocasión, la lectura de Keil, quien tampoco pudo aprovecharse aquí de la edición de Lindemann, que también edita *Thuria*, sin indicación alguna en el aparato. El proceder de Bramanti en este caso contrasta, sin embargo, con el de la p. 73.17, donde edita también *Thuria*, pero anota en aparato un “Turia huius Turiae Ke. ducente p” (¿por qué no simplemente “Turia huius Turiae p Ke.”?).

En las pp. 83.8-85.1 de los *Catholica Probi* se ofrece una lista de las terminaciones del nominativo de singular de la tercera declinación. El editor decide, en este caso (ejemplos similares pueden verse en el aparato de pp. 107.2-4, 111.3-5 o 127.2-5), tomar como una sola unidad crítica toda esa larga lista, adoptando en el texto la de Keil y dejando al lector la enojosa tarea de comparar las distintas versiones que figuran en el aparato (la ausencia de la lista completa de *n* obliga además a consultar el manuscrito). Para agravar la situación, *N* presenta en el margen inferior, probablemente de la misma mano, un listado algo diferente (que también recoge *g* entre paréntesis). No está nada claro que ese listado marginal sea una corrección (parece más bien un añadido que el copista pudo haber tomado de otra fuente), pero no parece acertada la decisión de no añadir en el aparato este listado junto a los otros sino a continuación de la última palabra del folio (*lactis*), ya que, al ser una anotación en el margen inferior, habría ido después de la última palabra del folio, fuese esta la que fuese. Es decir, que vaya tras *lactis* es completamente circunstancial y lo demuestra el hecho de que el copista de *g* (apógrafo de *N*) lo incluye entre paréntesis no detrás

de *lactis* sino a continuación de la lista “original”. Aún más confuso, si cabe, resulta para el lector el aparato correspondiente a las pp. 89 y 91, donde es verdaderamente difícil hacerse una idea cabal de la situación sin tener delante los manuscritos y las ediciones. Hubiera sido preferible limitarse a ofrecer las variantes en el aparato y explicar mejor y con más detalle la disposición del texto en el comentario o la introducción.

Seguramente, la intención del editor en estos casos sea la de proporcionar al lector todos y cada uno de los detalles de la historia de la transmisión de esos textos, incluidos los de las ediciones, pero el precio que paga por ello es el de recargar el aparato hasta hacerlo demasiado confuso y, en ocasiones, prácticamente ininteligible sin la consulta de los manuscritos y ediciones que en él se citan. Los detalles acerca de las correspondencias entre las distintas ediciones o los distintos documentos de un mismo editor (Parrasio, por ejemplo), sobre lo que figura o deja de figurar en los aparatos de las ediciones modernas no deberían entorpecer, en ningún caso, una exposición clara de las distintas variantes que permitan una correcta fijación del texto.

A veces, el autor se atribuye algunas lecturas que ya estaban en ediciones anteriores, especialmente suplidos y correcciones,

En el aparato a la p. 52.14 la conjetura <e> *contrario fit* que el editor da como propia ya está en realidad, aunque *dubitanter*, en el de Keil, y no el simple *contrario* que él le atribuye (con insistencia, en n. 371 del tomo II). En la p. 65.22, el *quae* que secluye, indicando en aparato “*videtur abundare*”, ya lo había secluido Keil en su edición (también en la p. 592 del comentario parece ignorarlo el autor).

o emplea (aunque no siempre [cf. p. 69. 1 y 12]) un ambiguo *restitui* (también la confusión entre *restituit* y *suppleuit* es constante) para hacer referencia a palabras que figuran en el manuscrito pero que los editores modernos habían omitido.

El propio texto y el aparato de pasajes literarios, aunque son, en cambio, mucho más cuidadosos, presentan aquí y allá algunas inexactitudes. La lectura del manuscrito es, en efecto, muy atenta y corrige errores de los editores anteriores, aunque se constatan también esporádicos errores de lectura.

Así, la mezcla de *pes* y *bes* en las formas de perfecto del verbo *scribo* (pp. 25-8), que no se corresponden exactamente con las del manuscrito, o las llamativas inversiones del tipo *primo libro* en lugar de *libro primo* (p. 105.2 y 15), donde tal vez Bramanti se

ha visto condicionado por el texto correspondiente de Sacerdote. En la p. 75.12 falta un *hoc* antes de *cornu*, y en p. 79.8-9 se edita (por descuido, parece) un *ablativus singularis genere*, cuando el manuscrito (y todos los editores) da *ablativus in genere*.

Curioso resulta el caso de la p. 68.14, donde el autor escribe en el aparato “calchante hu multa (hu multa *del. B'*) ministro *B'*”, cuando, a la vista del manuscrito, no parece que se pueda descartar una lectura *calchante tumultu ministro*, con, al menos, el inicio de la palabra *tumultu* tachado. Se trata del final de Verg. *Aen.* 2.100: *donec Calchante ministro*, que Sacerdote cita para ejemplificar la aposiopesis. Sin embargo, cabe la posibilidad (no contemplada por nuestro editor) de que, en algún momento de la transmisión del texto, a algún copista lo hubiese traicionado la memoria y mezclado el final de este hexámetro con el del v. 122: *magno Calchanta tumultu* (citado por el propio Bramanti en el comentario de este párrafo [p. 626], aunque sin aludir a su más que probable influencia en el error del copista). Podría ser que este se hubiese dado cuenta de que *tumultu* no encajaba ahí e iniciado el tachado sin llegar a completarlo, aunque, si en el manuscrito se lee, como quiere Bramanti, *humulta* (en todo caso, junto), tiene mucho sentido que el copista hubiese tachado *hu* (no parece, sin embargo, que esté tachada la palabra entera, como pretende el autor) para obtener así una forma que, sin encaje posible en el verso de Virgilio, al menos fuese latín. Desgraciadamente, no he podido comprobar si la copia de Parrasio (*P*) omite directamente *tumultu*, como hacen von Eichenfeld y Endlicher, quienes nada indican en su aparato, limitándose a enmendar el error del manuscrito.

Hay, en fin, algunos mínimos defectos de impresión (seguramente no atribuibles al autor), algunas letras medio borradas, tipo de letra más pequeño o con menor espacio entre caracteres, comienzos de párrafo sin sangrado, llamativos espacios en blanco en algunas páginas entre el final del cuerpo del texto y las notas al pie; la referencia de algunas de estas figura en el texto en una página y se desarrolla al pie de la siguiente o aparece sin el número de referencia (también en el aparato se presentan en ocasiones lecturas de la última línea de una página en las primeras líneas del aparato de la siguiente); o errores en las indicaciones de las cabeceras. Todo ello, sumado, da una cierta impresión de incuria (fácilmente subsanable con una revisión final más concienzuda), que afea un tanto el resultado final de una labor, por lo demás, encomiable.

En conclusión, el trabajo de Bramanti pone, por un lado, a disposición del estudioso de la gramática antigua una soberbia introducción y un amplísimo comentario, exhaustivos y muy bien documentados; y, por otro, una edición de los

dos primeros libros del *Ars grammatica* de Sacerdote y de los *Catholica Probi* que supone un avance con respecto a las anteriores, ya que, a diferencia de las de Keil, se trata de una edición autóptica y, frente a la vindobonense de von Eichenfeld y Endlicher y a la de Lindemann, tiene en cuenta las aportaciones de los apógrafos humanísticos. Sin embargo, en cuanto a este último aspecto, Keil (intuyendo tantas veces las lecturas correctas del manuscrito, cuando los editores anteriores equivocan la lectura) fue capaz, en su momento, de editar un texto con muy pocos errores. Y, aunque la edición de Bramanti se encarga de corregirlos allí donde es preciso, debería haber sido su aparato crítico el que supusiera la gran aportación diferencial con respecto a esas ediciones decimonónicas. Desgraciadamente, la falta de sistematicidad y los errores que en él menudean empañan un tanto el indiscutible empuje que su trabajo ha dado a una tarea tan útil y necesaria como es la renovación progresiva de las ediciones de los gramáticos latinos de Keil, que, aunque muy meritorias, exigen ya, sin duda, una puesta al día.

MARCOS ANTONIO PÉREZ ALONSO
maperezal@educa.jcyl.es

MARÍA CARMEN GÓMEZ COSTOYA, *Oribasio latino, Synopsis VII: Estudio introductorio y edición crítica*, Medica Graecolatina 4, Santiago de Compostela: Andavira Editora, 2020, 2 vols., xx+534 pp., ISBN: 978-84-122887-0-4.

En el ámbito de los textos médicos latinos ocupan un lugar primordial las traducciones de escritos griegos realizadas en la Antigüedad Tardía y en los albores de la Edad Media, y ello por su significación en el desarrollo de la lengua médica, en la enseñanza de la Medicina y en la transmisión de la doctrina griega. Entre ellas se cuenta la traducción al latín de la *Synopsis ad Eustathium* y los *Euporista ad Eunapium* de Oribasio de Pérgamo (s. IV d.C.), de la que conservamos dos redacciones. El conjunto constituye un texto excepcional que requiere de la más rigurosa filología para desvelar el proceso de su elaboración y explicar la naturaleza de una lengua tan difícil como viva. A esa tarea se enfrenta María Carmen Gómez Costoya, que realiza en dos volúmenes, publicados en la serie *Medica Graecolatina* de Andavira Editora, la edición crítica y el estudio de la traducción latina del libro VII de la *Synopsis*, sobre afecciones dermatológicas. El trabajo se ha elaborado a partir de la tesis doctoral de su autora.

El primer volumen está enteramente dedicado al estudio filológico de esta traducción en sus dos redacciones, de modo que, después de un breve prólogo, unas aclaraciones previas y el necesario apartado de abreviaciones, atiende a través de 294 páginas las cuestiones imprescindibles para el acercamiento a la obra en general y a las claves de interpretación del libro VII en particular. Por ello, además de presentar la vida y obra de Oribasio y resumir el proceso de transmisión